



# CPTSPR

COLEGIO DE PROFESIONALES  
DEL TRABAJO SOCIAL  
DE PUERTO RICO



**SWSD 2018**  
SOCIAL WORK, EDUCATION AND SOCIAL DEVELOPMENT  
**Dublin | Ireland**  
RDS | 4<sup>th</sup> - 7<sup>th</sup> July

## **Interseccionalidad, conocimiento y poder: Una mirada decolonizadora a la práctica del trabajo social<sup>1</sup>**

Larry Emil Alicea-Rodríguez, MTS, JD

Presidente FITS América Latina y el Caribe

Presidente del Colegio de Profesionales del Trabajo Social de Puerto Rico

### **Saludos:**

Buenos días. Agradezco la enorme responsabilidad de poder estar aquí con ustedes como ponente principal de esta conferencia. Soy el primer puertorriqueño que tiene esa tarea en una conferencia mundial. Me llena de mucho orgullo. El desarrollo de las temáticas que les propongo para esta conferencia se hace desde mi ubicación tanto como presidente para América Latina y el Caribe de la Federación Internacional de Trabajo Social y como presidente del Colegio de Profesionales del Trabajo Social de Puerto Rico. Desde aquí, saludo a las colegas boricuas y agradezco su apoyo de siempre. Sin embargo, no puedo dejar de ubicarme como hombre diverso y desde mis propias interseccionalidades como latino, puertorriqueño, caribeño y ciudadano de una nación colonizada por los Estados Unidos de Norteamérica. El que hoy Puerto Rico pueda participar de las organizaciones profesionales mundiales en Trabajo Social como nación con soberanía profesional, es el resultado del trabajo de decenas de colegas latinoamericanas, pero sobretodo trabajadoras sociales puertorriqueñas que lucharon hasta que Puerto Rico pudo ser miembro pleno de la FITS. El gobierno de Estados Unidos, por mandato de su Congreso y su Presidente, mantiene actualmente a Puerto Rico bajo una junta colonial y dictatorial con poderes para controlar y poner en vigor toda la política pública presupuestaria del país por encima del Gobierno democráticamente electo. En estos días esa junta ha ordenado el encarecimiento de la Universidad pública, poniendo en riesgo su supervivencia y su misma condición de universidad pública. La Junta ha quitado del presupuesto el financiamiento a los hospitales públicos y recortado las pensiones. Así que cuando hablamos de colonialismo, colonialidad y resistencia, las puertorriqueñas tenemos una larga historia que contar que comenzó en el año 1493 con España y fue traspasada a los Estados Unidos por un acuerdo de guerra en el 1898. El solo hecho de que luego de tantos años de coloniaje, los puertorriqueños nos percibamos como nación y luchemos por nuestra soberanía, es un acto de resistencia histórica que frecuentemente es ignorado en las discusiones.

---

<sup>1</sup> Conferencia Magistral Presentada el 6 de julio de 2018 ante el Congreso Mundial Conjunto sobre Trabajo Social, Educación y Desarrollo Social de 2018.

## Introducción

Para esta presentación que compartiré con ustedes afirmo que el abordaje interseccional y decolonial confronta los conocimientos y las prácticas del trabajo social. Por tanto, es un acercamiento indispensable si realmente aspiramos a un ejercicio profesional basado en la dignidad de las personas y los pueblos; en la liberación y emancipación; en la justicia social, los derechos humanos, la equidad y la democracia (Colegio de Profesionales del Trabajo Social de Puerto Rico, 2017). Este trabajo social que les presento, desde las miradas interseccionales y decoloniales conceptúa los servicios profesionales de las trabajadoras sociales y aquellos que se prestan desde los Estados, como un derecho social y económico en el cual se debe acompañar a los participantes a potenciar su desarrollo humano y el desarrollo colectivo enmarcando los servicios en la defensa, exigibilidad y ampliación de los derechos. ¿A que nos llevan esos principios? A unas relaciones humanas y solidarias basadas en la participación de las personas problematizando sus situaciones y sus contextos, reconociendo sus tensiones y contradicciones y generando acuerdos y consensos mediante el diálogo y la argumentación. Desde Puerto Rico (Colegio de Profesionales del Trabajo Social de Puerto Rico, 2017), se propone que esto nos ayudará a promover y alcanzar el bienestar personal y colectivo. Ese trabajo social es uno que se basa en abordajes críticos y emancipatorios ubicándonos desde una perspectiva antipatriarcal, anticapitalista y post colonial (Martínez & Agüero, 2014). La práctica profesional desde estos acercamientos combate todas las formas de las opresiones. No podemos decir que combatimos la opresión mientras no enfrentemos las condiciones sociales que la permiten.

Todas hablamos de una agenda global y celebramos un día mundial del trabajo social en el que hablamos de sustentabilidad basados en 17 principios de desarrollo sostenible. Las Naciones Unidas reporta que desde el 1990 más de 1,000 millones de personas han salido de la pobreza extrema, que la mortalidad infantil se ha reducido en más de la mitad, que el número de niños y niñas que no asisten a la escuela se ha reducido también a la mitad y que las infecciones por el VIH-SIDA se han reducido en casi el 40 por ciento. Sin embargo, poco se habla de desigualdad. Se celebran los avances. Claro. ¿Por qué no celebrarlos? Probablemente la salida de la pobreza extrema responda a algún grado de mejoramiento en la vida de las personas que experimentaban esa pobreza. Pero esa salida de la pobreza extrema no implica salida de la pobreza ni condiciones de equidad. Tal vez en esa pobreza extrema las personas podían con mucha suerte, comer una vez al día y en la pobreza “no extrema” se come tres veces. Pero yo me pregunto: ¿Es digna esa comida? ¿Cómo se compara con la comida que nosotras desde nuestros privilegios comemos todos los días? ¿Significa que esas personas en sus países viven vidas dignas y tienen sus necesidades básicas satisfechas? ¿Tienen acceso a salud de calidad, a educación de calidad? ¿Pueden recibir una calidad de vida al menos comparable a la que viven los grupos privilegiados de sus países? Mientras no nos moleste la desigualdad a todas en la profesión, mientras estemos con el discurso de agentes de cambio de las personas obviando las estructuras y las condiciones sociales que empobrecen y precarizan la vida, esos objetivos serán utopías. No puede existir la sustentabilidad mientras la desigualdad sea la base que rige las relaciones sociales.

El problema con el avance tímido de los objetivos del desarrollo sustentable es que la mera existencia del neoliberalismo, que destruye la mayoría de nuestros países, depende de que esos

objetivos no se cumplan. En ese conjunto de ideas políticas y económicas gestadas por la maldad del capitalismo, nos movemos las trabajadoras sociales en claras contradicciones, pero también en muy concertadas resistencias. Si realmente como profesionales queremos y aspiramos al logro de los 17 objetivos, entonces, debemos preguntarnos. ¿Dónde nos ubicamos? ¿Qué rol asumimos en la mirada crítica de las condiciones sociales que le sirven de base a la pobreza, al hambre, a la falta de servicios de salud? ¿Cuándo escucharemos el llamado que nos hizo David Jones presentando el informe de la agenda global para retomar lo comunitario en el escenario central del trabajo social? ¿Qué espacio tiene y cómo estamos enfocando la práctica del trabajo social en el nivel macro? ¿Cuándo comenzaremos un proceso sostenido y unificado como profesión para des-patologizar la “cuestión social” y ver los problemas que enfrentamos cómo lo que son: producto de un sistema social y económico que se nutre de la desigualdad? ¿Estamos todas del lado de los oprimidos o algunas de nosotras estamos del lado de los opresores? Hoy les hablo de la decolonialidad y la interseccionalidad como dos asuntos que deben ocupar un lugar protagónico en una práctica liberadora del trabajo social. Hablo primero de lo decolonial porque la interseccionalidad rompe con los patrones de clasificación binaria propios de la colonialidad del poder. Así que propongo el abordaje interseccional como parte integral de cualquier acercamiento decolonial del ejercicio profesional del trabajo social.

## **La colonialidad**

La colonialidad no es lo mismo que el colonialismo. La hablamos y la combatimos en los desayunos, almuerzos y cenas en América Latina, pero no es un asunto exclusivo de América Latina.

Aníbal Quijano (2015), define la colonialidad como un elemento constitutivo del patrón mundial del poder capitalista fundado en la imposición de una clasificación racial étnica de la población del mundo como columna vertebral de ese patrón de poder. El autor establece que ese patrón de poder es multidimensional en la existencia cotidiana y en la escala social. Sitúa la génesis y la mundialización de ese patrón de poder a partir de la conquista de América. Es la conquista de América para la mayoría de los autores del giro decolonial la que hace que el poder capitalista se convierta en mundial, localizando sus centros hegemónicos en Europa.

Cuando hablamos de lo decolonial, obviamente nos referimos en gran parte al colonialismo, pero visto y analizado como una gramática social (Santos, 2010) inserto en las diferentes relaciones sociales. Principalmente desde la década del 90, pensadores latinoamericanos, intelectuales y activistas sociales con fuertes influencias de la filosofía de la liberación, la educación popular, la teoría de la dependencia, los estudios subalternos, estudios culturales, el feminismo, el posestructuralismo y el poscolonialismo (Gómez, 2014), comenzaron a estructurar este pensamiento o como algunos le llaman una “epistemología del sur”. La colega argentina Paula Meschini le llamaría epistemologías insurgentes; Silvana Martínez, nuestra nueva Presidenta Global le llamaría emancipadoras e indisciplinadas; porque son en su naturaleza propuestas contra-hegémónicas. Combaten los conocimientos que se nos han impuesto como universales, naturales e inmutables. La categoría decolonial fue acuñada por el Grupo Moderniad/Colonialidad/Decolonialidad con tres subcategorías principales: **La colonialidad del poder** explicada principalmente por el intelectual Aníbal Quijano, **la colonialidad del saber**, argumentada principalmente por el intelectual Edgardo Lander Mignolo y

**la colonialidad del ser**, estudiada principalmente por mi compatriota puertorriqueño Nelson Maldonado y el argentino Walter Dignolo.

La colonialidad del poder es definida por Quijano como una malla de relaciones sociales de explotación/dominación/conflicto articuladas, básicamente en el control del trabajo y sus productos; la naturaleza y sus recursos de producción; el sexo, sus productos y la reproducción de la especie; la subjetividad y sus productos materiales e intersubjetivos, incluido el conocimiento; la autoridad y sus instrumentos de coerción. Ésta última la vemos usualmente en función de asegurar que el patrón de relaciones sociales se reproduzca y se puedan regular sus cambios (Quijano, 2015).

La clasificación social es esencial en ese patrón de poder. Estas clasificaciones crean un sistema de distinciones a través de líneas radicales que dividen la realidad social en dos universos: unos están en un lado de la línea y otros están en el otro lado. Sin embargo, las poblaciones y grupos oprimidos que están del otro lado de la línea desaparecen como realidad, se les convierte en no existentes en ninguna forma relevante o comprensible del ser. Por tanto, se encuentra excluido, en palabras de Iris Marion Young: “marginalizados” (Young, 1990, p. 53). La marginalización produce dependencia, que a su vez tiene como consecuencia condiciones de injusticia. En muchos países, las trabajadoras sociales nos aliamos con el poder hegemónico para elaborar “intervenciones” (en el sentido policiaco de la palabra), para adaptar a las personas, para que sean “funcionales” al sistema, para que acepten su “rol” en la sociedad. En palabras muy sencillas mías: “para perpetuar la opresión”. De acuerdo con Quijano:

...es esa distribución del poder entre las gentes de una sociedad lo que las clasifica socialmente, determina sus recíprocas relaciones y genera sus diferencias sociales, ya que sus características empíricamente observables y diferenciables son resultados de esas relaciones de poder, sus señales y sus huellas (Quijano, 2015, p. 92).

Sin embargo, si desde el trabajo social nos ubicamos y contextuamos nuestra disciplina académica y nuestro ejercicio profesional en un enfoque de derechos, en palabras de Hermida y Meschini estamos en las intersecciones donde la colonialidad se convierte en materialidad para convertirse en una herida que marca los cuerpos, las vidas, los proyectos y las posibilidades. Coincido con ellas en que esas heridas tienen rostros, nombres y cuerpos. Son naciones, son grupos, son comunidades. Somos nosotros.

Esos grupos oprimidos por la intersección entre prejuicio y poder (Lester y Johnson en Quiñones-Rosado, 2007) cargan con roles sociales asignados e impuestos a su sexo, a su orientación sexual, al color de su piel, a su afiliación política, a la comunidad dónde viven. Es la mujer “trans” que no tiene cubierta de salud para pagar su tratamiento hormonal. Son las comunidades en Honduras que tienen que viajar por más de 6 horas para conseguir un hospital. Son los hermanos nicaragüenses privados de la seguridad social por un gobierno que irónicamente se llama “izquierda”. Son los niños inmigrantes separados de sus familias y las familias que se ven obligadas a abandonar sus países para buscar sueños que en sus tierras originarias no se ven posibles. Son los y las trabajadoras de multinacionales en condiciones esclavizadas de trabajo para que muchos de nosotros hoy vistamos

ropa de diseñador con sudor y sangre de mujeres y niños. Son tantos y tantos grupos y situaciones que se me haría imposible identificarlos a todos. Están al otro lado de la línea y en muchas ocasiones desde nuestros privilegios y ubicaciones fuera de sus contextos no los podemos ver y si los vemos, trabajamos para que respeten la frontera, para que no la crucen. De la internalización de la opresión que son sujetos esos grupos, depende la supervivencia de la herencia colonial. (Lander, 2000). No se me puede olvidar en el grupo de los oprimidos, los millones de trabajadores y trabajadoras sociales para los cuáles participar de estas conferencias es una imposibilidad, porque ellos mismos, como parte de la clase trabajadora oprimida tienen que luchar para sobrevivir producto de la precarización del trabajo y la desprofesionalización del trabajo social en muchas naciones. Seguramente no pueden darse el lujo de pagar para participar como trabajadores sociales en una conferencia como ésta. Tampoco se me olvidan los otros tantos que ni se animan a someter una presentación porque no dominan la persistencia hegemónica del idioma inglés. Me parece que en la redada que hay que hacer para decolonizar debemos comenzar con decolonizarnos a nosotras para decolonizar el trabajo social. En ese sentido, la elección de una mujer latinoamericana, feminista, líder sindical, activista de derechos humanos e investigadora a la presidencia de la FITS es un paso prometedor en las vías decolonizadoras.

### **Colonialidad del saber**

La colonialidad del saber implica la imposición y transmisión de las formas de conocimiento desarrolladas por la experiencia histórica europea como las únicas formas válidas, objetivas y universales de conocimiento (Lander, 2000). Esto ha producido una colonización cultural y epistemológica en esa hegemonización del sistema de representación y conocimiento de Europa y desde Europa (Gómez-Quintero, 2010). Es indispensable que nos preguntemos: ¿Cuáles de los conocimientos de los que se nutre el trabajo social como profesión y disciplina académica intentan abordar las cuestiones de la profesión desde esas visiones hegemónicas? ¿Cómo se refleja ese conocimiento hegemónico en los paradigmas, teorías, modelos, métodos y técnicas que usamos en la profesión? ¿Qué papel juegan las universidades y programas de trabajo social en la reproducción de un solo conocimiento o en la sumisión a conocimientos que entran en conflicto con los valores de nuestra profesión? ¿Realmente estamos reflexionando, estamos debatiendo? o por el contrario ¿Nos estamos convirtiendo en reproductores de conocimientos que no tienen ningún efecto transformador y emancipador en la vida de las personas, grupos sociales y comunidades que interactúan con nosotras en nuestro ejercicio profesional?

En ciertos debates me preocupa escuchar profesionales del trabajo social hablando de posiciones neutrales, posiciones que le hagan sentido a todo el mundo. La Dra. Raquel Seda, una de las trabajadoras sociales más destacadas de mi país, nos preguntó en una conferencia de trabajadoras sociales en Puerto Rico cómo era posible el ejercicio de la profesión en consonancia con sus valores, desde una educación con enfoques conservadores y orientándonos a ser neutrales. Para ella, posicionarnos como sujetos políticos es una tarea indispensable. De igual forma nos plantea que se puede ser objetivo dentro de una subjetividad, pero que eso se lograba mediante procesos educativos liberadores, voluntad y disciplina. (Seda Rodríguez, 2012). Sin embargo, me parece urgente que

comencemos a traer al debate si realmente podemos ser neutrales en el trabajo social. Desde mi perspectiva, afirmo que es imposible. Ser neutral, usualmente implica silencio. Silencio mientras se violan los derechos humanos, mientras se le niegan derechos a los colectivos que somos sexualmente diversos, mientras se continúa el discrimen sostenido hacia las mujeres y el feminicidio, mientras nuestros gobiernos masacran nuestras poblaciones y nos privan de derechos inherentes a nuestra humanidad.

Y los invito a reflexionar. Reflexionemos sobre nuestras prácticas y los conocimientos que subyacen a las mismas. Me preocupa la proliferación y el uso indiscriminado del término “basado en la evidencia” como una perpetuación y aplicación del “one size fits all” a poblaciones que experimentan ciertas problemáticas. Y no me malinterpreten. Me parece fundamental y parte de una práctica ética, buscar el conocimiento disponible, informar nuestras prácticas en esos conocimientos. No obstante, es un acto de violencia la aplicación de prácticas y modelos sin ponderar la historia y el contexto de las personas, familias, grupos, comunidades y organizaciones con las que trabajamos. Mi preocupación radica en la falta de rigor crítico que se observa en muchas de nuestras experiencias de trabajo. Recientemente en una visita a Honduras, tuve la oportunidad de compartir con una comunidad empobrecida. En ese lugar no hay energía eléctrica en la mayoría de las casas. Las viviendas son estructuras que mezclan cartón, paja y techos muy frágiles. No hay agua potable, llegar a la provincia más cercana donde están los servicios implica caminar sobre 20 kilómetros en caminos sin pavimentar y condiciones geográficas adversas. Una organización internacional en ese lugar tiene un programa para enseñarle a los niños el uso de computadoras y arte gráfico. ¿Qué cambio logrará eso en la vida de esos niños y sus familias que no tienen computadoras en sus casas y a menos que no cambie dramáticamente sus vidas nunca podrán tener una? ¿Qué trabajo de abordaje comunitario y participación comunitaria se hizo para implementar ese programa?

No son pocas las instancias en que nuestros conocimientos y prácticas están matizadas por concepciones ajenas a la realidad que viven las personas, sus necesidades y a la ponderación correcta de las condiciones sociales que le sirven de base. Y de maneras conscientes e inconscientes reproducimos las ideologías del neoliberalismo, del patriarcado y la opresión. Uso como ejemplo de la colonialidad del saber la situación que se confronta en Estados Unidos, Puerto Rico y otros países con la utilización del Manual Estadístico de Enfermedades mentales conocido como DSM 5. Este documento en su nueva versión patologiza el período menstrual de las mujeres, los procesos de duelo y aspectos inherentes al desarrollo infantil. Las y los profesionales que tenemos práctica clínica, en muchas ocasiones somos forzadas a entrar en categorías diagnósticas diseñadas principalmente por psiquiatras para patologizar y tratar como enfermedad asuntos que nosotros sabemos que en muchas ocasiones son consecuencias emocionales de tensiones sociales. En esas instancias, jugamos como marionetas del Estado que se desviste de su responsabilidad para asignarle a las personas enfermedad, patología y disfunción. Horwitz (2003), señala como tarea sociológica importante distinguir entre lo que realmente pudiera ser una enfermedad mental y lo que son reacciones esperadas a estresores sociales. No hay nada patológico, especifica el autor en que las personas respondan a las situaciones que les afectan con depresión, ansiedad, y otros síntomas de tensión y angustia. Netto (2002) denuncia la estrategia del Estado para fragmentar la cuestión social a través de problemas sociales que se

desvinculan unos de otros haciendo énfasis en la dimensión privada de los factores. Entonces, el ejercicio profesional se enfoca en el cambio de comportamiento, el disciplinamiento psicosocial y otras intervenciones que perpetúan la desigualdad. Intervenciones que entran en una clara contradicción con los principios de la profesión.

Para superar estos conocimientos hegemónicos, la promoción de encuentros para que ocurran debates, problematización y discusión de las contradicciones es esencial. De igual forma que tanto las escuelas como las organizaciones profesionales trabajemos juntos en aspectos de la educación que inciden en la práctica y en cómo las situaciones de la práctica deben modificar las estrategias de educación.

La tarea decolonizadora, desde la Universidad es resumida por Castro Gómez indicando la necesidad de favorecer la transdisciplinariedad “la transgresión del dos lejos de los pares binarios que marcaron el pensamiento occidental de la modernidad”; y con el favorecimiento de la transculturalidad “procurando dialogar y formar prácticas articuladoras con los conocimientos que fueron excluidos del mapa”. El autor nos interpela a remplazar la pureza y el distanciamiento por la contaminación y el acercamiento, descendiendo del punto cero, con el observador como parte integral de aquello que observa siendo parte del experimento (Castro-Gómez, 2007). Para el trabajo social esta tarea no debe ser difícil porque nuestra génesis es transdisciplinaria. Ese diálogo puede ser sumamente productivo para nosotras.

En cuanto a la colonialidad del ser se define como la experiencia vivida de la colonización y su impacto en el lenguaje conectando los niveles genético, existenciales e históricos. (Maldonado-Torres, 2007). Nelson Maldonado describe que el ser colonizado tiene como expresiones primarias la invisibilidad y la deshumanización violando el sentido de alteridad humana. El mismo Maldonado argumenta que el género, la raza y la sexualidad son las formas en las cuáles con mayor frecuencia se transgrede la relación entre el yo y “*el otro*”. Provoca que se haga a “*la otra*” inferior, que los sujetos vayan más allá de los estándares de la justicia para sustituir sus propios cuerpos con la deshumanización a expensas de su propia muerte. Me parece que debemos tener preocupación y problematizar conceptos que se tornan famosos como el de “resiliencia” y que en muchas ocasiones vienen de las ciencias naturales y se aplican indiscriminadamente en nuestra profesión. Aunque es admirable que personas puedan sobreponerse a la adversidad, debemos observar cómo este concepto empieza a ser utilizado por gobiernos y grupos humanos para reconocer a las personas que demuestran conformidad con sus situaciones adversas. Y entonces, lejos de ser un concepto que destaca las formas en que las personas y grupos superan la adversidad, adviene a ser un concepto de conformidad con la adversidad. En Puerto Rico se le llama resilientes a las comunidades y personas que luego de un huracán que pasó en septiembre de 2017 todavía permanecen sin luz. Yo les llamo víctimas y a los Gobiernos de Puerto Rico y Estados Unidos que ignoran esa victimización y la provocan, yo les llamo agresores.

Y es aquí donde las interseccionalidades se hacen más necesarias que en cualquier otro momento. En todas las expresiones de la colonialidad que he destacado hay un hilo conductor: hegemonía, categorías, distinciones, opresión. Una división de los que están en un lado y los que están en otros. Los pocos que tienen mucho y los muchos que tienen poco. La línea abismal que plantea

De Souza Santos, donde se invisibiliza y oprime todo lo que no sea compatible con la noción de universalidad y naturalidad que se gesta desde el poder hegemónico. Es un fascismo basado en un apartheid social a través de cartografías que hacen diferencia entre los salvajes y no salvajes. (Santos, 2015). Y allí en esa línea de exclusión se confinan a los niños de comunidades dominadas por las pandillas en El Salvador a ser pandilleros. Ese es su futuro, porque esa es su zona destinada para que vivan su apartheid. Desde la visión de la colonialidad, ese es su espacio, de ahí no salen. Se llevan programas, se contratan organizaciones sin fines de lucro para trabajar en sus comunidades, pero la transformación de las realidades sociales y las condiciones estructurales que inciden en la formación y perpetuación de esas pandillas no se trabajan. En esas líneas de exclusión se ha confinado la mentalidad de las personas en Puerto Rico que han internalizado por el proceso de educación colonizadora que por ser una Isla geográficamente pequeña y con limitados recursos naturales. Por tal razón, se piensa que no podemos ser una nación con soberanía política y nuestro rumbo eterno es recoger las migajas de los estadounidenses en una ciudadanía de segunda categoría.

El abordaje que hacemos desde la profesión a las problemáticas requiere visibilizar lo que ha sido invisible. Darle voz a lo que ha permanecido callado. Salir de las cavernas dicotómicas y los pares binarios para pensar en la gama de posibilidades que se gestan entre los polos. Ya no podemos hablar de orientación sexual pensando en un gay, lesbiana o bisexual. Entre esas líneas hay una diversidad de expresiones diversas de la sexualidad que tienen que ser consideradas. Desde mi punto de ubicación, el trabajo social debe evitar los actos de “disyunción, reducción y abstracción” propios del paradigma de la simplificación que esboza Morín (1990), para abrirse las puertas a ponderar la complejidad desde acercamientos comprensivos que evadan la linealidad.

En eso, la interseccionalidad como abordaje que destaca las categorías identitarias (Crenshaw, 1991), es necesaria en un acercamiento decolonial. Los sustratos del coloniaje impresos en la dominación política y económica, la religiosa, el imperialismo y el colonialismo, el racismo, el clasismo, el sexismo, el heterosexismo y otras formas de dominación invisibilizan todo lo que cruce la línea definida por el patrón de poder hegemónico. Desde la interseccionalidad podemos analizar el poder en todos sus dominios tanto interpersonal, disciplinario, cultural y estructural combatiendo la inequidad donde quiera que se encuentre. Al acercarnos desde la interseccionalidad podemos entender que la falta de equidad económica no impacta a todas las personas de la misma forma. Las divisiones sociales sobre raza, género, edad, estatus de ciudadanía, hacen que los impactos tengan diferentes implicaciones a base de las identidades que se intersequen en las personas y grupos. Esto complica la situación para el ejercicio profesional ya que las soluciones, no pueden aplicarse desde lo sencillo. Hay que abrazar acercamientos complejos.

Implica una práctica del trabajo social consciente y crítica de la inequidad social y sus causas. Incluye, además, la consciencia de las diferentes formas en las que se organiza y se ejerce el poder. Se añade un trabajo en la promoción de la solidaridad y las relaciones humanas organizando a las personas, familias, grupos, comunidades y organizaciones en procesos emancipatorios desde sus identidades. No se puede obviar la necesidad de un ejercicio profesional que siempre tiene que ser contextual y estudioso de los procesos históricos asociados a las problemáticas y situaciones con las

que se trabaja. El abrazo de la complejidad como herramienta analítica y propositiva es indispensable en los acercamientos que aquí se proponen y la justicia social como meta de cualquier área de ejercicio profesional.

Y muchos de los que me escuchan hoy pensarán, el conferenciante se volvió loco. Nos habla de cosas que son imposibles. Para finalizar les quiero brindar ejemplos de proyectos reales que los han hecho posible. En Costa Rica, el trabajo social, las comunidades y el Gobierno desarrollaron una iniciativa llamada “Puente al Desarrollo”. Esto se convirtió en una legislación basada en los derechos humanos en la cual, las comunidades van juntas para atender problemas sociales desde los contextos de las comunidades. En Puerto Rico las comunidades del Caño Martín Peña, con el apoyo de trabajadores sociales y otras disciplinas pudieron lograr que su comunidad se desvinculara de la política partidista y que ellas mismas pudieran hacerse cargo del desarrollo de la comunidad, por supuesto, con el apoyo del Gobierno, pero con el poder en manos de las personas. En Chile, las trabajadoras sociales han realizado un trabajo maravilloso identificando y buscando lo colegas desaparecidos por la dictadura y acompañando al pueblo en la sanación de las heridas dejadas por décadas de represión y fascismo. En Panamá se ha logrado fortalecer las condiciones laborales de los trabajadores sociales bajo la premisa de que nuestras condiciones laborales impactan los servicios que le prestamos a diferentes poblaciones. En América Latina podemos dar múltiples ejemplos de la práctica clínica y forense, fuera del modelo médico basado en patología. Y todo esto, con pocos recursos económicos. Se puede. Como profesión podemos. ¿Por dónde se empieza? Un buen comienzo es el desarrollo de la conciencia política para pensar y creer que otro trabajo social es posible. Esa conciencia se debe traducir en un trabajo social que esté ubicado del lado de los oprimidos y no del lado de los opresores. Es un trabajo social que camina consciente de sus contradicciones para aspirar a los idearios de nuestra profesión. Sí. Sin miedo. Es un trabajo social contra hegemónico, político, antipatriarcal, anticapitalista, crítico y emancipador. Muchas Gracias.